

ELLIE  
ST. CLAIR

*Los  
escándalos  
de las  
inconformistas  
Libro 2*

Inventando  
AL  
Vizconde

*Lady* Fredericka Ashworth observa el mundo a su alrededor, siempre con la intención de mejorarlo. Dotada de una gran capacidad de maniobra para lograr sus objetivos y de inteligencia práctica para diseñar y fabricar aparatos que mejoran la vida de las personas, ha inventado casi de todo: desde una forma más sencilla de cocer huevos hasta candelabros que prolongan el tiempo de iluminación. Lo único que desea es poder seguir dedicándose a su trabajo, que se ha convertido en lo más importante de su existencia. Pero hay un problema... ¡Necesita un marido! ¿La solución? Encontrar un hombre que la mantenga pero que, por otra parte, la deje en paz y no interfiera en su trabajo. La cuestión es, ¿dónde podría encontrar un hombre así?

Lord Miles es un hombre frío, distante, poco amigable..., o al menos eso es lo que piensa todo el mundo de él. La verdad es que esa fachada de inaccesibilidad esconde una aflicción que ha ocultado durante toda su vida. Si el secreto saliera a la luz, su padre cumpliría las amenazas y tomaría medidas para que el linaje familiar se mantuviera inmaculado. Lo que Miles ha ansiado siempre es ser aceptado tal como realmente es... aunque teme que ese deseo nunca llegue a cumplirse.

Cuando Freddie retoma la relación con su compañero de juegos infantiles, decide que es exactamente el hombre que busca. Por eso le propone una relación con vistas al matrimonio inmediato. Miles, en un principio, tiene dudas, aunque finalmente se da cuenta de que no es capaz de mantenerse alejado de la mujer que le ha atraído desde la niñez.

# CAPÍTULO 1

LONDRES, 1820

**L**ady Fredericka Ashworth estaba mirando cómo el hombre con el que se suponía que tenía que haberse casado bailaba un alegre vals con otra mujer.

Más concretamente, con su esposa. Y reciente amiga suya.

No estaba celosa, ni siquiera un poco.

No. Porque Valentine St. Vincent, duque de Wyndham, no era el hombre adecuado para ella. Lo supo en el mismísimo momento en que le conoció, cuando se dio cuenta de que pasaba por ella su mirada pero sin verla, para fijarla en la mujer con la que finalmente se había casado.

El caso era que ella y el duque no tenían demasiadas cosas en común, aunque de cualquier modo, de no tener más remedio, se habría casado con él.

—¿Estás bien?

Freddie volvió la cabeza al escuchar la voz de su amiga, la señorita Jemima St. Vincent, hermana de Valentine. Freddie y el duque no llegaron a establecer ningún tipo de relación, pero al menos sí había desarrollado una magnífica con su hermana, hasta convertirse en una de sus mejores amigas.

—Estupendamente —contestó Freddie sonriendo con sinceridad—. Estaba pensando en lo bien que ha salido to-

do al final. Si tu hermano y yo nos hubiéramos llegado a casar, él habría sido muy infeliz.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Jemima levantando una ceja.

—Es un hombre apasionado, se le nota, y entre nosotros no había chispa. Podríamos haber sido amigos, pero nada más.

—¿Y tú te habrías conformado con eso?

—Sí, yo sí —respondió Freddie con convicción, y se rio al ver la expresión de sorpresa de Jemima—. La amistad es bastante más de lo que muchas mujeres tienen con sus maridos. Por otra parte, se trata de uno de los pocos hombres que habría sido capaz de amoldarse y permitir mis... excentricidades.

—Como hace con las mías —murmuró Jemima, y Freddie asintió.

—Exactamente.

Jemima paseó la vista por el salón de baile, que estaba lleno de gente deseosa de conocer a la nueva duquesa. Freddie y Jemima estaban semiescondidas en un rincón. Otra amiga de Jemima, Celeste Keswick, había aceptado a regañadientes el baile que le había preparado su madre, pero no tardaría mucho en volver.

—Pero Freddie, ¿es que te conformas solo con eso? —preguntó Jemima tan vehemente como siempre—. ¿No aspiras a un amor como el que han encontrado Rebeca y Val?

Freddie negó con gesto obstinado.

—No, en absoluto —dijo alzando la barbilla—. Una vez pensé que estaba enamorada, y no mereció la pena.

—Vaya, no tenía ni idea...

Esta vez Freddie sonrió con tristeza al volver a negar.

—Ese tiempo ya pasó. Baste decir que me conformaría con un hombre que me respetase, que fuera amable conmigo y que me dejara hacer lo que quisiera.

–Es decir, un hombre sin excesiva fuerza ni voluntad, ¿no es así?

–Supongo que podría decirse eso, sí.

–¿Te tienes que casar obligatoriamente? –insistió Jemima, y en este caso Freddie asintió tristemente.

–Si no estuviera obligada, no lo haría –dijo–. Pero es que ya tengo veinticuatro años, y mis padres están absolutamente desesperados, deseando que me case de una vez. Me mantendrán todo el tiempo que sea necesario, por supuesto, pero sé que les preocupa, y es lógico. Todas mis hermanas se han casado, y como no tengo hermanos, en su momento el título pasará a uno de mis primos. No me gustaría que mi existencia tuviera que depender por completo de su benevolencia... o de la falta de ella.

–¡Eso no sería justo! –murmuró Jemima, a lo que Freddie asintió.

–Por supuesto que no lo es. Pero es la realidad de nuestras vidas, Jemima, así que tenemos que hacernos a la idea y adaptarnos lo mejor posible. ¡Mira! Ahí viene mi madre tirando de un potencial novio. Se le rompió el corazón literalmente cuando Rebeca y tu hermano se casaron, ¿lo sabías?

Jemima miró a la pareja que se aproximaba.

–¿Quién es el que la acompaña? Todavía no llevamos tiempo suficiente conviviendo con la aristocracia como para conocer a todos sus miembros.

Freddie levantó el cuello todo lo que pudo para intentar sortear la multitud de personas que tenían delante. El hombre que avanzaba junto a su madre solo era un poco más alto que ella, lo que significaba que era ciertamente bajo. Pelo pardo rojizo y ensortijado, gesto algo turbado...

–¡Vaya, estoy de suerte! Solo es lord Gilmore.

–¿Qué decís de lord Gilmore? –preguntó Celeste nada más unirse de nuevo a ellas. Tenía bastante coloreadas las habitualmente pálidas mejillas, seguramente por el esfuerzo del baile–. Por favor, no me digáis que mi madre lo trae

para endosármelo. ¡Ya he bailado bastante esta noche! La verdad es que es agradable, aunque un tanto aburrido.

–Estoy de acuerdo –dijo Freddie con una sonrisa–. Pero no, esta vez quien lo trae es mi madre. Nuestras familias se conocen desde hace años. No se puede decir nada especialmente negativo de Miles, salvo que apenas habla, y que conversar con él es casi como dirigirse a una estatua.

–A mi hermano le cae bien –dijo Celeste encogiéndose de hombros–. Nunca he escuchado a nadie hablar mal de él, la verdad. Una persona agradable y que lo acepta todo.

Una idea cruzó como un relámpago por la mente de Freddie, y Jemima al parecer se dio cuenta, pues la miró con mucha intensidad.

–Me intriga tu mirada, Freddie –comentó, y la aludida asintió de inmediato. Puede que tanto ella misma como sus padres pudieran lograr finalmente lo que querían.

Solo había un factor por controlar.

El propio Miles.

\* \* \*

MILES, bastante agitado, siguió a *lady* Rothwell por todo el salón de baile. No tenía ganas de bailar con su hija, pero la dama insistió. Y todo el mundo sabía que cuando *lady* Rothwell quería algo, iba a por ello con mucha terquedad, igual que un perro persigue un palo.

Cuando llegó a la conclusión de que no iba a dejarlo en paz a no ser que accediera, decidió seguirla y librarse de una vez del incordio.

Era consciente de que no dejaba de parlotear mientras avanzaban, pero ni siquiera intentó enterarse de lo que decía; y es que sabía que entenderlo requeriría un grado de concentración que no estaba dispuesto a desplegar. La dama hablaba a tal velocidad que el esfuerzo no le merecía la pena.

Por otro lado, *lady* Fredericka...

Pese a que era realmente diminuta, resultaba fácil de distinguir entre la multitud. Le resultó tan agradable a la vista como de costumbre. El mismo cabello castaño, parecido al cacao y peinado a la última moda; le gustaban especialmente los rizos que caían sobre las sienes con cierto elegante desorden. Los mismos ojos pardos de cálida mirada, resaltando en la bonita y bien torneada cara. Y la misma sonrisa, algo traviesa y siempre inteligente, dibujada en rojo en los arqueados labios.

Una sonrisa que en esos momentos apuntaba directamente a él. ¿Por qué tenía ese aspecto tan malicioso, tan satisfecho? Se puso un poco nervioso. Llevaba unos dos años sin verla, pues sus caminos ahora no se cruzaban con tanta asiduidad como cuando eran niños. La verdad era que solo atendía estos requerimientos de acudir a reuniones sociales por complacer a su madre, pese al hecho de que las aborrecía con todas sus fuerzas.

La música sonaba muy fuerte; las salas de baile tenían demasiado eco y las conversaciones eran demasiado difíciles de mantener.

Pero su madre insistía en que tenía que acudir, que debía empezar a buscar esposa. Ansiaba tener nietos.

Y él haría cualquier cosa por su madre. De no ser por ella, quién sabe dónde estaría ahora. Probablemente en un manicomio. Y en vez de eso, era el vizconde de Gilmore, heredero del marqués de Dorrington, y nadie sabía su secreto.

Quería mantener las cosas así, pero el hablar con damas como *lady* Fredericka no lo ponía fácil. La conocía muy bien, y sabía que no era una cabeza hueca bobalicona, todo lo contrario. No. *Lady* Fredericka era una de las personas más observadoras que había conocido en su vida, y ese era el motivo principal por el que, pese a su cautivadora belleza, intentaba mantener las distancias con ella.

Pero ahí estaba.

—*Lady Fredericka* —saludó al tiempo que hacía una reverencia y extendía la mano—. ¿Haría el favor de concederme este baile?

Se quedó mirándola a la espera de su respuesta.

—Por supuesto, lord Gilmore —contestó sonriendo, y puso la mano sobre la de él. La condujo a la pista sin decir ni una palabra más. Cuando empezó a sonar el vals, sintió una extraña mezcla de alivio y disgusto. Esas piezas eran sencillas de bailar, solo había que contar los pasos, pero si ella intentaba mantener una conversación, le resultaría difícil seguirla.

Y por supuesto, la joven lo hizo. Siempre había tenido mucho que decir. Así que se adelantó ligeramente para escuchar lo que estaba diciendo.

—¿Se está divirtiendo esta temporada?

—Sí, desde luego —respondió. Estando tan cerca apreció su espléndida belleza, que no había disminuido desde la última vez que la había visto, al contrario. Por supuesto no había crecido, pero admiró la calidez de los ojos pardos y el esplendor de su sonrisa. Siempre había sido una pequeña preciosidad, pero le pareció que su belleza había madurado—. Está siendo bastante ajetreada, la verdad.

—Me lo puedo imaginar —dijo ella, y continuó con algo que no logró entender.

—¿Perdón?

—He dicho que me alegro mucho de verlo de nuevo. Ha pasado mucho tiempo.

—Así es —dijo, esperando que lo dispensara de conversar y le permitiera concentrarse en el baile.

—Creo que nuestros padres siguen relacionándose, pero es una pena que no pasen juntos tanto tiempo como solían —dijo ella, pero Miles negó con la cabeza.

—No es ninguna pena, *lady Fredericka*. Usted sabe tan bien como yo que siempre ha sido muy difícil llevarse bien con mi padre, y con la edad las cosas han empeorado.



La joven abrió los ojos y cerró la boca de puro asombro. Gracias a Dios.

Por desgracia, el silencio duró poco.

—¿Cómo está su madre? Siempre ha sido encantadora. La veo a menudo, cuando viene a tomar el té.

—Mi madre está bien —dijo, contento de haber encontrado por fin un tema de conversación con el que se sentía a gusto de verdad—. Le encanta visitar a la suya; para ella es un respiro salir de casa.

*Lady Fredericka* pestañeó repetidamente, pero también asintió con la cabeza.

—Sí, supongo que así es.

—Usted siempre le ha gustado, *lady Fredericka*.

—¡Vamos Miles! Llámame Freddie, por favor. El que nos hayamos hecho mayores no es razón para que nos tratemos con tanta formalidad.

—Muy bien —dijo ablandándose, pero maldijo entre dientes cuando ambos dieron un paso hacia adelante y tropezaron sin remedio. Se había distraído, había dejado de contar y pasó lo que pasó—. Lo siento —se disculpó, pero ella negó con la cabeza y musitó algo que no llegó a entender. Después la joven sonrió.

—Miles, tengo que decirte algo: hace bastante tiempo que nadie me mira con la intensidad con la que tú lo estás haciendo ahora.

Tragó saliva. Había una razón para ello, pero con toda seguridad no era la que Freddie pensaba. Le apretó la mano que rodeaba con la suya.

—Miles, tengo que pedirte algo. Algo importante.

Él asintió.

—¿Podrías... podrías venir a visitarme mañana?

Miles volvió a perder el paso al escuchar la pregunta. Se detuvo y pestañeó, pero ella siguió bailando y se precipitó contra él. La sujetó y evitó que se cayera. ¿Había oído bien? ¿De verdad quería que la visitara? ¿Él? Le pidió que

repitiera la pregunta, y así lo hizo. Sí, parecía que lo había entendido correctamente.

—¿Por qué? —preguntó, y ella se ruborizó de una forma encantadora. En ese momento avanzó hacia donde no debía y otra pareja chocó contra ellos.

—¿Y por qué no? —preguntó Freddie con un ligero encogimiento de hombros. Se mordió el jugoso labio inferior, lo que le produjo un repentino e inesperado aguijoneo de deseo que le recorrió todo el cuerpo—. Nos conocemos desde hace lo suficiente como para saber que no hay nada desagradable en nuestra forma de ser que nos distancie, ni secretos de familia, ni cadáveres en el armario. —Eso era lo que ella pensaba...—. A no ser que mi madre esté mal informada, necesitas una esposa y la estás buscando. Por lo que a mí respecta, he superado con mucho la edad casadera, y en mi caso lo que necesito es alguien que me mantenga. ¿Responde esto a tu pregunta?

Si no se confundía, Freddie se había enfadado con él, aunque no tenía la menor idea del porqué. Nunca había escuchado unas razones menos románticas para un noviazgo encaminado indefectiblemente al matrimonio... pero puede que tuviera razón.

—Solo se trataría de una visita —enfaticó ella alzando bastante la cabeza—. No es que te esté haciendo una propuesta de matrimonio... al menos todavía.

Miles la tomó de la mano para conducirla fuera de la pista de baile. Necesitaba alejarse de las parejas que revoloteaban a su alrededor e ir a algún sitio en el que pudiera escucharla bien, sin que la música amortiguara sus palabras.

—Freddie —dijo inmediatamente después de atravesar las puertas que separaban el salón de baile del gran vestíbulo—. ¿Estás segura de lo que has dicho?

El ceño fruncido no favorecía nada sus preciosos rasgos.

–¿Es que no quieres venir a visitarme? Si no quisieras, lo entendería. Igual hay alguna otra con la que estés...

–No hay ninguna otra.

–Solo era una idea, Miles –dijo, y él estuvo seguro de que la joven estaba intentando fingir despreocupación–. Pero si prefieres no hacerlo, no pasa nada en absoluto.

Estaba claro que a la chica le pasaba algo, que ocultaba cosas. Le sorprendió la falta de seguridad en sí misma de Freddie, no era habitual. Suspiró audiblemente.

–De acuerdo, allí estaré.

–Bueno, tampoco hace falta que te entusiasmes tanto. ¿Sabes una cosa? No ha sido una buena idea, de ninguna manera, así que...

Hizo ademán de marcharse, pero Miles la agarró al vuelo del brazo y, con mucha suavidad, le dio la vuelta para colocarla frente a él.

–Nos vemos mañana –dijo con firmeza–. Buenas noches.

Ahora fue él quien se marchó. Era el momento de ir a buscar a su madre y salir corriendo de allí de una santa vez.

## CAPÍTULO 2

—¡Oh, Miles! ¿Lady Fredericka? ¡Qué maravilla! Jamás hubiera pensado que vosotros dos... Bueno, es posible que cuando erais más jóvenes lo haya pensado alguna vez de pasada, pero entonces...

—¿Pero entonces se dio cuenta de que era una mujer demasiado inteligente como para casarse con un hombre como yo?

—Miles, estoy segura de que si llegara a conocerte de verdad, te querría tanto o más que lo que yo te quiero —dijo su madre, aunque se ruborizó culpablemente mientras se sentaba junto a la ventana de la sala de estar y daba un sorbo a la taza de té. Miles la visitaba muchas mañanas. Desde que, ya hacía unos años, se fue a vivir a sus propios aposentos, el hecho de que viviera sola con su padre era una fuente de preocupación para él. Pero confiaba en que su hermano cuidaría de ella, aparte de que no podía pasar ni una noche más bajo el mismo techo que lord Dorrington.

—Es bastante sagaz, debo decir —aseveró su madre antes de tomar otro sorbo, con cierto timbre de preocupación en la voz.

La dama tenía razón, y esa certeza no había dejado de atormentar a Miles desde el maldito baile de ayer con Freddie.

Notó que su madre dirigía la mirada a un punto situado detrás de él, y al volverse vio que habían llegado las

criadas con el resto del desayuno. Incluyó la cabeza para saludarlas antes de que salieran. El que fuera su madre la encargada de seguir adelante con esa estratagema le torturaba enormemente. Pero cuando era niño la alternativa era ser abandonado y, por supuesto, desheredado.

Así que prefería esto, claro.

—Creo que la cosa irá bien —dijo encogiéndose de hombros—. A no ser que hable demasiado por encima de mi hombro, y mientras no la lleve a sitios como Gunter's o a un salón de té, creo que seré capaz de escucharla sin problemas. Habla en tono claro y lo suficientemente audible. Aunque quizá demasiado para mi gusto.

Su madre asintió pensativamente y de inmediato se empezó a dibujar en su semblante una sonrisa. Miles dedujo que se estaba empezando a permitir un rayo de esperanza.

—¡Oh, Miles! —exclamó melancólicamente—. ¿Y si todo esto sale bien? Podrías ser padre. ¿No sería maravilloso?

Miles frunció el ceño, pues la verdad era que no estaba del todo seguro. Su propio padre no era ningún ejemplo de virtud. ¿Qué clase de padre sería él? Además... ¿y si su hijo sufría el mismo problema que él?

Miles tenía muchas dificultades para escuchar cualquier sonido que se produjera a su alrededor. El problema era de nacimiento. Por lo que sabía, todos pensaron que no le pasaba nada hasta que llegó a la edad de responder a las preguntas y de decir sus primeras palabras. Según le había contado su madre, resultó difícil de criar, pues no era capaz de oír prácticamente nada de lo que se le decía. Su padre se horrorizó al ver que no decía ni una palabra y lo quiso esconder. Prefería anunciar que había muerto antes de que alguien se diera cuenta de que el marqués de Dorrington había engendrado a un hijo retrasado.

Le echó la culpa a su esposa, por supuesto. Dijo que la locura corría por las venas de su familia y, tras el nacimiento de Benjamin, el hermano de Miles, afortunadamente sin

ningún problema, la marquesa rechazó cualquier intento de engendrar ningún otro hijo por miedo al resultado.

Tampoco era que a su madre eso le importara demasiado. El padre de Miles pasaba la mayor parte del tiempo fuera de su casa, en los distintos clubes de los que era miembro, y todo el mundo sabía que era un parásito sin escrúpulos. Había perdido en el juego gran parte de su fortuna y no le tenía ni el más mínimo respeto a su esposa. Ni que decir tiene que no era ni el primero ni el único miembro de la nobleza que cometía infidelidades matrimoniales, pero no se preocupaba en absoluto de ser discreto al respecto.

El resultado fue que Miles y su madre desarrollaron un fuerte vínculo, y fue ella quien le libró de ser enviado a un asilo.

—Miles, deja de pensar —dijo al tiempo que arrugaba la frente al adivinar en lo que estaba pensando su hijo—. Vas a ser un padre estupendo. No te pareces en nada a él.

—Nunca se sabe —dijo Miles encogiéndose de hombros. Fijó la vista en la taza que tenía delante y decidió dar por terminada la conversación... hasta escuchar un repentino golpeteo que le obligó a levantar la cabeza. Vio que su madre intentaba llamarle la atención golpeando la mesa con los nudillos.

—Sí que lo vas a ser, Miles —dijo con mucha seguridad—. Y voy más allá: pese a los agudos ojos que sin duda tiene *lady* Fredericka, seguramente tardará bastante en darse cuenta de lo que pasa. Lees los labios bastante mejor de lo que muchos son capaces de escuchar lo que les están diciendo. Además, eres capaz de oír lo que se dice siempre que no haya mucho ruido ambiental, y siempre que la persona con la que hables lo haga lo suficientemente alto y claro. No tendrás problemas, ya lo verás. —Hizo una pausa—. Además, ella es una mujer encantadora. No creo que haya nada que temer.

Salvo que podría no querer correr el riesgo de tener un hijo que naciera con su defecto. Que tuviera que evitar los clubes y las reuniones sociales en las que los demás lo consideraran un retrasado por no enterarse de las conversaciones. Que apenas pudiera hablar en los bailes ni en el teatro, pues no entendería bien las palabras que se pronunciaran a su alrededor. Que cada día de su vida temiera ser enviado a un asilo o a un manicomio.

—Ya veremos —se limitó a decir. No quería preocupar más a su madre.

De no ser por ella, seguiría teniendo dificultades para comunicarse. Pero gracias a su persistencia y a la ayuda de un tutor especializado, aprendió a hablar. Eso sí, despacio y a duras penas. Aprendió a concentrarse y a escuchar lo mejor que fue capaz y a entender qué era lo que debía poner en práctica para adaptarse lo mejor posible a la vida social.

Ahora lograba que nadie se diera cuenta de lo que le pasaba, y ese era el motivo por el que su padre había permitido que su existencia fuera normal.

Miles estaría eternamente agradecido a su madre.

Se dio cuenta de que volvía la cabeza hacia la puerta, y comprobó que su hermano acababa de entrar en la habitación.

—Buenos días, Miles —dijo sonriendo ampliamente. Su cara era muy afable, y se parecía bastante a Miles, aunque con la tez bastante más oscura. Miles le devolvió el saludo, encantado de ver a su hermano. No era culpa de él que fuera el favorito de su padre. De hecho, tenía sentido, pues tenía todo lo que le faltaba a él: era amigable, simpático y sin defectos—. ¿Ya te vas?

—Sí —confirmó asintiendo—. Me guste o no, tengo cosas que hacer.

—¿A qué te refieres?

—¡Está cortejando a *lady* Fredericka Ashworth! —exclamó su madre, y Benjamin levantó mucho las cejas, muy